



po, le sepultaba las uñas en la garganta, al par que con las manos, formando un anillo, lo asfixiaba y así habría muerto si sus camaradas no hubieran acudido en su socorro (1) y se apoderáran de la caribe, no sin grandes esfuerzos para que soltara su presa. Todas aquellas mujeres iban desnudas y estaban gruesas en sumo grado; pero ellas, para más abultar, rodeaban sus piernas con fajas de algodón por bajo de las rodillas y encima de los tobillos; y tenían la cabellera lustrosa y perfumada con el jugo de una hierba odorífera, y extendida sobre las espaldas.

Invirtieron los españoles nueve días en reunir alguna cantidad de casabe, hicieron leña y aguada, y luégo, en el momento de partir, el almirante envió á tierra á las mujeres y niños con gran copia de las bagatelas que tanto gustaban á los indígenas. Pero la mujer del cacique dijo terminantemente que quería quedarse á bordo con su hija, é ir á visitar la patria de los poderosos extranjeros.

No era sino un pretexto, porque la belicosa matrona había encontrado al señor de la Casa de Oro, el gran Caonabo, prisionero y cargado de cadenas, y como ambos descendían del mismo origen, tenían las mismas facciones, hablaban la misma lengua, alimentaban los mismos instintos y tenían los mismos gustos antropofágicos, se interesó por él. Aquella mujer terrible se sintió llena de tierna solicitud por Caonabo y sin fuerzas para dejarlo abandonado en su cautiverio, sin esclava, ni esposa que lo atendiera (2). Una simpatía repugnante la detenía á sus piés, é inmolando sus deberes y su porvenir en aras del entusiasmo de una gloria homicida, olvidó en un sólo día á sus hijos, al cacique su esposo, á su tribu y á su nación, consagrándose al consuelo del héroe, cuyos altos hechos electrizaraban su fogosa imaginación.

El 20 de Abril se dieron á la vela y tornaron á luchar con los vientos y las calmas, y el 20

(1) Herrera. *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Islas occidentales*. Década 1, lib. III, cap. I.

(2) «Esta quedó en las naves de su voluntad con una hija suya al parecer por amor de Caonabo.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 38.

de Mayo se encontraban aún en medio del Océano. Ninguno de los pilotos sabía á que altura se hallaba, y con la falta de agua y viveres que llegó á ser tal que hubo necesidad de racionarse á seis onzas de pan diarias, la tristeza y el desaliento se apoderaron de todos. Como de costumbre, el almirante era el primero en dar el ejemplo de la igualdad ante la desgracia. El ignorar la distancia á que se encontraban de la tierra agravaba la inquietud general, y los pilotos disputaban entre sí acerca de la ruta que se seguía, pues se consideraban perdidos en el incommensurable Océano; pero el almirante les aseguró entonces que distaban unas cien leguas del meridiano de las Azores, lo cual era exacto.

Sobre todo se ocupaba Colon de los enfermos, y su compasión y piedad le inspiraba consuelos para aquellos infelices cuya mayor parte se embarcaron ya padeciendo. Y mientras que en la carabela de Aguado los trabajadores y los soldados enfermos no merecían de su parte la más leve atención, los de la *Santa Clara* se veían atendidos y exhortados con ejemplos que purificaban su moral. Sin duda que el venerable Fr. Juan Perez de Marchena, secundando al almirante en su santa tarea, los asistía y les daba aliento con el bálsamo espiritual cuyo precio se duplica en el infortunio.

Las dificultades de la navegación iban acrecentando. En media de aquellos azares la abnegación de la cacique antropófaga no pudo dulcificar la hiel que la desgracia había derramado en el corazón de Caonabo, pues aunque el almirante le prometió volverlo á traer á Maguana despues de haberlo presentado á los soberanos de Castilla (1), el verse supeditado á la voluntad de otro había comunicado un fuego secreto, devorador, á la sangre del bravo guerrero que, reconcentrando sus penas en un pertinaz silencio, ocultaba bajo la impasibilidad de sus facciones la amargura de su dolor, el cansancio de su prision en aquel calabozo de tablas azotado por el Océano, y aparentaba desentenderse de cuanto lo rodeaba. La mag-

(1) Andres Bernaldez. *Historia de los Reyes Católicos*, cap. CXXXI, Ms.



nitud de su compatriota no sedujo su mirada que permaneció siempre altanera y sombría hasta que poco á poco fueron gastándose sus fuerzas, aunque no su orgullo, y al fin, terco en su inmovilidad, se apagó como una luz olvidada en las tinieblas de un subterráneo.

Así terminó ántes que el viaje la romántica historia de la princesa antropófaga. Permaneciendo de su voluntad entre los extranjeros renunciaba á su familia, á su patria, á su libertad y á su vida, porque, habiendo engañado á su esposo, naturalmente merecía la muerte; todo lo había sacrificado gustosa á la honra de ser la esclava de un esclavo en otro tiempo con corona, y de ayudarlo á llevar las cadenas. No es posible desconocer lo grande de su abnegación, abnegación que fué recompensada con la muerte en el destierro. Se exhala cierto perfume de salvaje epopeya en la relación de estos amores de caníbales, concebidos á primera vista en medio de la adversidad y de los peligros de lo desconocido, que tuvo lugar en una lengua bárbara, durante la lucha del hombre con las grandes fuerzas de la naturaleza, y de las angustias del terror y las amenazas del hambre, sobre los abismos del Océano.

El hermano de Caonabo no sobrevivió sino pocos días (1).

Se proseguía la misma derrota; pero por momentos se agravaban las dificultades, y empezaban á oírse los murmullos de la tripulación que lanzaba miradas ya de compasión, ya de enojo á los treinta indios que quedaban á bordo. El hambre, que domina á todo los sentimientos y es gran consejera de crueldades la concitaba al crimen, se formaban en grupos los españoles, y en voz baja proponían matar y comer los indios ó echarlos al mar (2) para desembarazarse de inútiles estómagos, lo cual daría á las raciones un suplemento diario de ciento

(1) «Caonabo rex et frater ejus cum ad reges in Hispaniam ducebantur, dolore animi confecti, in itinere moriuntur.»—Petri Martyris Anglerii. *Oceanæ decadis primæ*, liber quartus, fol. 12.

(2) «Vbleano manjar gl' Indiani, i quali conducevano; e altri per risparmiare quel poco che lor restava erano di parere, che si gittassero in mare.»—Fernando Colon, cap. LXIII.

ochenta onzas de pan. Esta fué la opinión que tuvo más trazas de prevalecer, y el 7 de Junio se emitió en voz alta. Pero cuando tan atroz pensamiento fué conocido del almirante, la dulzura y la benignidad que mostrara hasta entonces hizo lugar á la energía y al valor, irguió lleno de majestad su cuerpo, y auxiliado por la divina providencia dominó el tumulto de la desesperación y acalló el hambre diciendo con firmeza á su gente, extraviada por el peligro, que había descubierto las Indias para extender en ellas el reino de Jesucristo, que aquellos indios eran sus hermanos, que los conducía á Castilla para hacer de ellos hijos de la Iglesia y amigos de la nación española, y que no consentiría tan horrendo atentado (1); y despues de recordarles que la paciencia en la adversidad es la virtud del cristiano, el sello de su grandeza, les añadió que el miedo que les impelia á perpetrar tal infamia era hijo de su ignorancia, porque de allí á tres días estarían á la vista del cabo de San Vicente.

Al escuchar estas palabras, los pilotos, que segun sus cálculos, se creían cerca de las Azores, prorumpieron en grandes voces; mas el almirante les impuso silencio, hizo continuar el mismo rumbo, y al tercer día por la tarde mandó cargar las velas y bordear durante la noche, porque á la siguiente singladura divisarian tierra.

Los hambrientos tripulantes le suplicaron que la ganara cuanto ántes, diciendo que preferían mejor correr el riesgo de estrellarse contra las peñas que morir de hambre en alta mar. Elevóse en esto una disputa entre los pilotos, pues los unos estimaban hallarse cerca de las costas de Inglaterra, otros junto á Galicia y otros al canal de Flándes. Colon se mantuvo firme, haciendo ejecutar sus órdenes, y al día siguiente al romper el alba, todos reconocieron el cabo de San Vicente (2). Entonces, poseídos de admiración por su ciencia lo proclamaron el más experto navegante que había existido.

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales*. Década 1, lib. III, cap. I.

(2) «Avistóla no léjos del cabo de San Vicente.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 39.



Recordando sucesos pasados y empezando á contar desde el primer descubrimiento cómo quedaron siempre justificadas por los acontecimientos las diferentes predicciones de Colon, la mayor parte de los marineros y hasta de los pilotos no distaron mucho de imaginar que tal vez llamaba en su socorro á la mágia y se va-

lia de las artes de los encantadores, ó que al ménos, en las grandes circunstancias, estaba dotado de una inspiracion casi divina (3).

(3) «Di che poi preeso alla gente di mari egli fu tenuto per sapientissimo e divino nelle cose della navigazione.»—Fernando Colon, cap. LXIII.

Hastiado Colon del mundo viste públicamente el hábito franciscano.—Invitanlo SS. AA. á trasladarse á la córte.—Llega, y á su vista olvida la reina las acusaciones.—Salida de la infanta doña Juana para Flándes.—El lapidario de Búrgos.—Entrada en España de la princesa Margarita.—Su casamiento con D. Juan.—Muerte inesperada del principe de Astúrias.—Aficción de doña Isabel.—Medidas que se toman con respecto á las colonias.—Descrédito de las Indias en la opinion pública.—Necesidad de reclutar colonos en los presidios y galeras.—Rehusa Colon un estado de mil doscientas cincuenta leguas cuadradas y el título de duque.—Funda un mayorazgo.—Conciertan sus enemigos ciertos ultrajes para inferírseles en los momentos de salir de Sanlúcar de Barrameda para su tercera expedicion.

Al entrar en la bahía de Cádiz vió Colon tres buques con pabellon de partenza que, con viveres y municiones, se disponian á zarpar en demanda de la Española bajo las órdenes de Pero Alonso Niño, su antiguo piloto, que inmediatamente le remitió los despachos que tenía para él. Despues de haberlos leído creyó el almirante deber modificar algun tanto las instrucciones que habia dado á D. Bartolomé.

La flota se hizo á la vela, y Colon volvió á ocuparse de la suerte de los enfermos y de los pobres que traía á su bordo.

Su paternal solicitud para con ellos les dió á conocer al hombre que habian calumniado; se embarcaron llenos de animosidad hácia él, y al fin del viaje estaban tan reconocidos á su bondad como indignados de las ofensas con que Aguado se hiciera culpable en sus procedimientos contra el virey de las Indias.

No partió Colon acto continuo para la córte, como, siguiendo á Herrera, se ha repetido, porque, despues de informar á los reyes de su llegada, debió aguardar sus órdenes. Treinta dias despues le escribieron de Almazan (12 de Julio de 1497) (1).

(1) Coleccion diplomática. Original en el archivo del duque de Veragua.

CAPÍTULO XXVII

Todo este tiempo lo tuvo Aguado por suyo para ponerse de acuerdo con el ordenador general de la marina, mostrarle su voluminosa sumaria, añadir de viva voz sus comentarios y preparar á los reyes. No fueron en vano sus esfuerzos, é Isabel, luégo de haber oido en multitud de ocasiones las quejas de Pedro Margarit y del P. Boil, pudo recoger los no ménos hostiles testimonios de los comendadores Arroyo y Gallego, de Rodrigo Abarca, de micer Girao y de Pedro Navarro, todos de la servidumbre del alcázar y á quienes, de contado, daba crédito.

Durante el mes que trascurrió entre la llegada de Colon y la respuesta de los reyes, las historias pierden de vista al almirante y sólo se sabe que, disgustado de los engaños y flaquezas de la córte y sin tener en cuenta otra cosa que Dios, hubiera querido, desde aquel entónces, separarse del mundo. Y sin reparo á la crítica se dejó crecer la barba y vistió públicamente el hábito franciscano, un tanto corto, y sobre él el cordon: no estamos muy léjos de pensar que abrigara el pensamiento de seguir á la Rábida á su venerable amigo fray Juan Perez de Marchena, que tornaba á sepultarse en ella.

Desde ésta época ya no vuelue á mencionarse.